



REVISTA DE LITERATURA, CIENCIAS, TEATROS Y MODAS.

Año I.

5 de Noviembre de 1874.

NUM. 7.

MEMORIAS DE UN RUISEÑOR.

Solo lágrimas y sentimiento pueden escitar los suspiros del ruiaseñor.

¡Mis memorias!... ¡Tan tristes son!... ¡Pobre ruiaseñor!

De flor en flor saltando, deslizábanse los dias plácidos para mí; ¿cómo imaginar el que los vaivenes del mundo habian de estremecerme? Nunca, imposible, era feliz.

¡Dichosos momentos aquellos en que solo oia al céfiro jugueteo susurrar!

Inocente, lo mismo aspiraba la embalsamada onda, que contemplaba á el sol. ¡Es tan dulce mirar al sol!

La luna.... francamente, me entristece.

Las memorias de mis primeros dias no puedo escribirlas, pues el sentimiento domina mi corazon, el recuerdo mi mente y la pluma obedece solo á una voluntad conmovida. ¡Pobre ruiaseñor á quien siempre acarició el cierzo!

¡Quién lo dijera, inocente pajarillo! tus alas se pararon. Nadie puede concebir el delirio de este pobre ruiaseñor.

Recuerdo á Julio abrasador con sus doradas mieses y caldeadas brisas. Morenas zagalas de blondo cabello, nunca del liberto hagais un prisionero. Si los aires hiende tímida avecilla no la encarceleis.

¡Cuánto daño no me hiciste, zagala la

de la vega! Encerrado por tí, yo languidecia en mi prision. ¡Ah libertad!

Cuando surcaba el espacio yo no sufría.

Zagala, la de castaños cabellos, yo libre era cual el viento; ahora soy infeliz. Tus ojos azules cual el firmamento, me recordaban el cielo; tu cútis alabastrino, la blanca espuma del torrente; tus lábios de fina grana, pintadas florecillas; al reir.... no quiero recordarlo, tu risa me atormentaba.

¡Pobre prisionero!

¡Quién le dijere al ruiaseñor, que corriendo el tiempo habia de ser otro! Su atolondramiento trocóse en madurez, su alegría en tristeza, sus encantos en penas. ¡Ay, y cuánto daño le hicieron las doradas mieses y blandas brisas de Julio!

* *

El prisma. Estraña palabra para mí en épocas pasadas, hoy familiar.

Cruzaba en dias felices la vega, la umbría enramada, el campo con los ojos vendados, que solo abriéronse para sentir.

El susurro torrente de cadencia atesoraba; el mecer blando de las flores, suspiros le parecian al pobre ruiaseñor. Mis penas desaparecian cantando. Antes mi canto era ingrato, lo confieso, pero hoy sus melodiosas trovas me roban el alma.

Colores, cadencia, armonía, fragancia... entonces era feliz, estaba en el paraíso. Mis vendados ojos se abrieron para ver á la tri-

güeña zagala, y un rayo del sol hirió mi pupila.

* *
Amor, amar. Comprendía yo otro sentir; secreta simpatía me arrastraba; mas mi temor era tal, que no me atrevía á convencerme de ello.

Gorgeaba contento ante la que ingrata me mantenía cautivo, y cada vez que sus azulados ojos se fijaban en los míos, sentía de otra manera. Era tan feliz, que la mas lijera mancha que empañase el puro azul del cielo me contristaba. Mi alma se ensanchaba, los límites en que estaba contenida eran cortos.

No me estraña el mundo, para mí era pequeño.

Solo grandeza veían mis ojos en los azules de mi opresora. No me esplicaba lo que sucedía; solo llamando doctos consejeros pude averiguarlo. Nunca mejor los hallo: si yo no giro, si no te obedezco, no me culpes á mí, me decía mi compadecida mente, á tu corazon culpa.

Corazon que unes almas distintas, tú que eslabonas á los séres vivientes; mensajero de paz, y en la desgracia de penas, ¡cuánto no has mortificado al triste rui señor!

Así como mi elemento es el aire, el tuyo es el cariño.

¿Qué estraño es? El amor es mi norte. ¡Qué cadente es la palabra amor!

Amar, para quien á torrentes vierte el cariño, poco es, con amar el corazon se ensancha y crece poco á poco.

El amor engrandece. Patria mia, cultiva el amor, pero puro, poético, y tus hijos serán los primeros del mundo. Si el rui señor se entusiasma, estraño no es: el hombre se inmortaliza con él. La muger es nuestra alma.

Es, Dios mio, la escala de la gloria.

* *
Una queja. Mi pobre nido perdió sus encantos; aquel paraíso donde yo me forjaba mis sueños de amor ya no existe; las lijeras plumas que le tapizaban llevóselas el viento, y ¡pobre rui señor! con ellas huyó mi último consuelo.

¿Dónde me encuentro? ¿Lates aun, desdichado corazon? ¿No moriste de tristura? Ha tiempo no se despliegan mis alas por el lugar antes de mis alegrías, hoy de mis penas. Cuantos árboles rodeaban aquellas selvas están mudos, sin verde follaje, sin olorosas flores.

Ya no suspiran: su susurro, su blando mecer, no acompaña á mis quejas. ¿Qué fueron de aquellos frescos céspedes?

Marchitáronse.

¡Desgraciado soy! Ni llorar puedo sobre ellos, antes hollados por el sueño de mis ensueños, por la luz de mis ojos, por la vida de mi alma. Si alzo la vista, gimo, no la veo girar; si la bajo, lloro, no la veo reír.

¿Por qué lloro? ¿Qué me pasa?

¿Acaso lo sé yo? Lo que me estremece no lo adivino; por mis venas siento frio y mi frente se hiela. ¿Si moriré?

Amarga realidad: muero de amor. El verde prado, el río murmurador y el tachonado cielo, no son á preocuparme: si miro, nada me encanta; si cierro los ojos, tengo miedo que mis recuerdos laceren este pobre corazon.

¡Encantarme una natura que no suspira por mí! ¡Distraerme una soledad tristísima! ¡Ah, qué vaga ilusion!

* *
Ayes. Solo me encuentro, mas... me engañó: si nadie me estorba, el dolor me punza. ¡Qué señor tan tirano! ¡Cuán feliz sería dando rienda suelta al dolor.

Mi pecho se encuentra oprimido, por eso no canto, mi dolor no reconoce límites.

¡Pobre corazon! Sufres, no puedes contenterte, y suspiras: tu sentimiento aumenta cuando recuerdas cosas que pasaron. Consuélate, si consuelo cabe oyendo cierta historia.

Era una tarde primaveral, algunos pajarillos contaban sus cuitas y procuraban animar á un rui señor que triste suspiraba. Contábanle una tradicion, para su acongojado espíritu punzante.

«Ves, gorjeaba un pajarillo, aquel frondoso árbol que abate sus ramas: distingues cómo cobija con cariño á un montoncillo de cenicientas arenas: no percibes cómo besa blandamente el verde musgo, pues llora.

«Inclina sus hojas para abrigar un recuerdo: al oscurecerse el sol, y cuando los últimos rayos tiñen el horizonte de púrpura y hieren á cien nubes caprichosas, llegó agitado un tímido pajarillo. Corrían los áridos dias del otoño: asilo protector le prestaron aquellas ramas frescas y frondosas para exhalar el último suspiro, en el que volaron envueltas estas palabras. ¡A qué amaria tanto!

«No mas sollozó, pues los gemidos se convirtieron en ceniza: desde entonces ese cariñoso árbol rinde un tributo á quien de amor murió.»

No bien el último sonido vibraba en el espacio, cuando el volar vertiginoso de este pobre rui señor le confundió.

En caprichosas vueltas recorro el espacio de mis pensamientos. Encuentro donde voy

soledad, y nunca á abandonarme llega el dolor.

¿Vivo? Sí, respiro; mi corazón late. ¡Ah, qué triste es vivir así! ¿Qué llevo en pos de mí sino ilusiones marchitas, desgraciada suerte y la esperanza desvanecida?

Por eso, mis ojos ven árboles sin hojas, flores sin perfumes ni colores, cielo sin azul, y mis oídos no escuchan armonías.

*
* *

Mas suspiros. ¡Quién digere que la rosa habia de contener espinas: notable no es, el paraíso, el oasis vá en pos del desierto, el bullente mar en pos de seca arena.

Miro al cielo: primero nubes, luego densos nubarrones. Se entristece de mí, se compadece y llora.

¡Ah, y cuánto me quiere!

La rosa se marchitó, las ilusiones todas se desvanecieron; de flor tan bella solo queda informe botón, esqueleto acusador de tristes recuerdos. ¡Ojalá la memoria en momentos adversos se perdiera! ¡Es tan doloroso sufrir! ¡Qué pena causa el suspirar!

Ni las brisas recogen el suspiro, ni las ondas las lágrimas. ¡Cuánto duele un corazón herido! y qué candentes son las gotas de sangre que arroja!

La desgracia hiere hondamente; ancha es la herida; parece imposible, no cicatriza. Pobre ruiseñor, solo el fuego del amor pudo consumir tus bullidoras alas, tan inestinguible es.

*
* *

Hoy.... Mañana. Si pretencioso me muestro, conténme, Dios mío, contéplame contento. Mis dolores pasaron, quiero leer en el porvenir. Hoy amo, mañana.... Dios mío, imposible me es averiguar más. ¿Qué denso velo ofusca mi vista? Me estará reservado el padecer; mi gozar entonces será el sentir, mi único placer llorar.

Mi corta vida arde en aras del amor.

¡Pobre ruiseñor!....

En este punto quedan interrumpidas las impresiones que nos hemos permitido transcribir. El manuscrito es incompleto, pero este fragmento revela padecimientos grandes, al mismo tiempo que presenta condensado el sentimiento en breves y doloridas frases.

VENTURA GALLEGOS.

LA ESPOSA DE FARFAN.

TRADICION.

I:

En una espaciosa estancia
De antigua casa feudal,
Rica en lujo y elegancia,
Que se alza con arrogancia
En Toledo la imperial,

Hállase un jóven guerrero,
Que bizarro y galán es,
En la altivez caballero,
Vestido de limpio acero
De la cabeza á los pies,
Y en sus brazos una dama
De celestial hermosura,
Cuyas miradas inflama
De amores santos la llama
Noble, poderosa y pura.

En aquel mirar fulgente
Hay rico un cielo de amor,
Hay de entusiasmo un torrente
Y un mar de amargura hirviente;
Mas no hay sombra de temor.

«Parte, dice, pues te ha dado
Justo el cielo y bondadoso,
Que apenas á mí enlazado,
Muestre tu valor osado
Que eres de Leonor esposo.

Y si cubierto de honor
Te miro una vez venir,
Te amaré con mas fervor,
Si lo inmenso, cual mi amor,
Creces pudiese admitir.

Mas si combatiendo mueres
Por tu Dios y por Castilla,
No al espirar desesperes,
Que entonces mas digno eres
De tu Leonor de Padilla.

Y si acaso plugo al cielo
Hacer mi seno fecundo,
No creas en tu desvelo
Que tu hijo, sin consuelo,
Huérfano quede en el mundo.

El vivo te encontrará
En el alma de su madre,
Y tus huellas seguirá,
Y su frente doblará
Ante el nombre de su padre.

Tendrá por norte y por guía
El resplandor de tu gloria;
Por herencia tu osadía;
Por escuela de hidalguía
Tu esclarecida memoria.»

Guardó silencio la hermosa.
—«Bien haya, dice el galán,
Esta ocasión venturosa,
En que digno de su esposa
Puede mostrarse Farfan.

Aliento de mi valor
Serás, mi Leonor querida,
Pronto cubierto de honor,
Y acrecentando tu amor,
Vendré á tus brazos, mi vida.

Adios... ¡juro no olvidarte!
Alza tus preces por mí,
Siempre fiel en adorarte,
Que ¡ay! mi corazón se parte
Al separarme de tí.»

Dice; mas su voz se altera,
Y dos lágrimas derrama,
Y en tanto ¡quién lo creyera!
No humedece una siquiera
Las pupilas de la dama.

Ella se arranca valiente
De aquellos amantes brazos,
Y alza la pálida frente
Firme y serena, aunque siente
Rota el alma en mil pedazos.

—Adios Luis.—Adios Leonor,
Ella y él han exclamado,
Y de amargura y de amor
Un suspiro abrasador
A la vez han exhalado.

Y se apartan; y en su afán
Ella á un balcon ha corrido,
Y al punto sale Farfan
En un soberbio alazan,
Solo de un paje seguido,
Y dá á su esposa un postrero
Triste adios del corazón;
Y parte el bruto lijero;
Y aun dirige el caballero
Su húmeda vista al balcon.

Ya entre nube polvorosa
Rápido volar se vé
Como vision vaporosa,
Y aun permanece la esposa
Firme en el balcon de pié.

Y sus ojos con anhelo
En pos de la nube van;
Y agita un blanco pañuelo;
Luego alza la vista al cielo:
Ya no divisa á Farfan.

(Se continuará.) 90

VICTORINA SAENZ DE TEJADA.

EL TRABAJO.

(CONCLUSION.)

El capital puede muy bien, atendiendo á su objeto y procurando por sus intereses, ejercer una accion indirecta sobre la situacion del trabajo manual; puede asimismo cuando lo crea conveniente, manifestar su

voluntad é imponerla acerca de cualquier procedimiento; pero el tacto, la apreciacion y la ejecucion del pensamiento iniciado nace siempre en los representantes del trabajo intelectual, que por consecuencia ejercen una accion preponderante en las cuestiones sobre beneficios del capital y el trabajo. Tambien creemos que los encargados de tan dificiles funciones, las que únicamente hemos espuesto, han de ser hombres probos y de una vasta y sólida instruccion profunda, no elemental. Han de poseer los conocimientos técnicos sin los cuales es imposible absolutamente entrar hoy dia en la carrera industrial: tambien han de tener, y esto no es menos interesante, los conocimientos económicos sin los que la práctica industrial carece por completo de guía, de criterio, en una palabra, de todo aquello que constituye la esencia, el alma de la industria, y que podria llamarse metafóricamente, condiciones morales ó integrantes.

De algunos años acá, la instruccion relativa á la parte técnica, se atiende mucho, siendo objeto de un desarrollo visible, cuyos benéficos resultados se obtienen todos los dias de una manera patente, pero se pasa por alto el estudio concerniente á la parte económica, que á nuestro modo de ver, es tan importante como el otro, por lo que tan solo diremos, que ese vacío que se nota es preciso llenarlo, si se quieren obtener los mas completos y satisfactorios resultados que puede arrojar una industria. Reasumiremos este capítulo diciendo, que el *capital*, elemento primordial, conserva la direccion general de la industria y no desciende á pormenores: el *trabajo intelectual* es el verdadero agente de ejecucion, y á él incumbe todo lo perteneciente á los obreros ó *trabajo material*, del que pasamos á ocuparnos.

V.

El tercer elemento ó sea el *trabajo material*, no es menos indispensable para la existencia de la grande industria que los otros dos, antes por el contrario, muchos le dan mas importancia á esta forma del trabajo que á las anteriores, pues fácilmente se concibe la no existencia de las demás, sino hubiese precedido ésta á su formacion. Así que, puede admitirse que reuniendo

varios obreros sus pequeños capitales y su inteligencia lograsen producir con éxito favorable, lo que no es enteramente imposible; mas no es admisible de ninguna manera el que una sociedad de capitalistas, por poderosa que sea, consiga resultado alguno sin el trabajo físico ó material. Este género de trabajo necesita condiciones especiales como son fuerza física y aptitud profesional, lo que hace que no todas las clases de la sociedad sean aptas para su desempeño; y podemos añadir que vivimos en medio de un conjunto de ideas tales, en medio de una atmósfera tan saturada de absurdos y sarcasmos, que hace del trabajo material una ocupacion, cuyas condiciones especiales nos parecen elevados montes, cuya altura no podemos salvar sin grande esfuerzo. Es fácil se haya creído que la introduccion de las máquinas como agentes mas poderosos en la industria, dé por resultado el atenuar la importancia del trabajo manual; sin embargo de todo no es eso cierto aunque al pronto lo parezca: por una parte, las máquinas son meros autómatas que intervienen en la fabricacion, pero á merced del trabajo físico que las mueve, sin cuyo requisito nada harian por sí solas; y por otra parte, la intervencion de las máquinas obrando el efecto de bajar los precios de los productos, y por consecuencia el aumento de consumo, hace que la industria adquiera con este régimen un desarrollo rápido, y la mano de obra sea cada vez mas necesaria. Cuál sea la forma mas aceptable para la demanda del trabajo, no nos incumbe averiguarlo al presente; pero sí decimos que puede modificarse con medida, aceptando, como no puede menos de aceptarse, cualquiera que sea el carácter con que se presente la necesidad imprescindible del trabajo manual.

Establecido el primer carácter de la necesidad, vamos á estudiar la influencia considerable que ejerce dicho trabajo sobre los resultados de la industria, y que de su mas acertada direccion depende la fortuna ó la ruina de las empresas. Sobre lo que llamamos la atencion de nuestros lectores.

A simple vista, no parece muy verídica la proposicion anterior; muchos industriales creen que para organizar una fabricacion, basta poseer pingües capitales, y á mas de esto, la mejor pericia mecánica

puede hacer desaparecer todos los obstáculos y solventar todas las dificultades; y últimamente, piensan otros que la buena marcha industrial estriba en conocer perfectamente el arte de saber vender y comprar. Pero no queriéndonos detener en rebatir estas opiniones, lo cual necesitaria todo el espacio de una obra voluminosa, tan solo diremos, que no desconocemos el papel importante que cada uno de estos elementos desempeña en la marcha de la industria; pero creemos que la influencia de la mano de obra está por cima de la de los demás agentes. Esto lo vemos muy patente en cualquier fabricacion que nos fijemos, pues si á consecuencia de una mala organizacion del trabajo físico, los productos no bastan á cubrir los gastos efectuados, la operacion será mediana si se quiere, á la que nosotros llamamos mala, mas si por el contrario, el trabajo esta bien dirigido, los resultados desde luego podrán augurarse satisfactorios; pues aunque no tengamos medios tan seguros para apreciar la cualidad del trabajo, como los hay para calcular los gastos de produccion, sin embargo, no puede menos un director de taller de fijar su atencion sobre este hecho, que de cierto gravita sobre la conclusion financiera del negocio. Supongamos sino, primeramente un obrero inepto para el trabajo, de poca capacidad y aplicacion, cuyos productos, una vez concluidos y reconocidos, resultan ser de mala calidad para el consumo. ¿Cuánto no se ha perdido? No solamente su remuneracion, si que tambien el tiempo invertido y los materiales empleados en aquella labor. Si subimos de grado, hemos de suponer, no un individuo, sino una poblacion entera, cuya clase obrera está depravada por los vicios ó por cualquier otra causa, y dedicada al trabajo produce efectos que por sus malas cualidades se hace inútil su uso, sucederá, pues, un desprecio en el mercado de dichos objetos, y por consiguiente una pérdida sensible é irremediable para las empresas por cuya cuenta se han fabricado. Y esto que hemos supuesto no son puras ficciones ni hipótesis; ejemplos podemos presentar de algunas industrias cuyos productos no se elaboran como en otras partes y no es posible su venta, resultando de aquí verdaderos desas-

tres. Las razones que anteceden establecen de una manera incontestable el principio que nos proponíamos sentar, y si tuviésemos el suficiente tiempo y espacio para analizar sucesivamente todas las grandes industrias, se vería comprobado en todas ellas dicho principio.

Para cerciorarnos mas de su utilidad no hemos de hacer mas que fijarnos en las siguientes consideraciones: los capitales estacionarios, es decir, relegados al mas desinteresado quietismo por medio de este trabajo se duplican y llegan á ser considerables; la produccion con este poderoso auxilio se generaliza y perfecciona á la vez, resultando de aquí baratura en los géneros, y por consiguiente el consumo general excesivamente mayor. Además, con estos recursos tan considerables, atraídos por el trabajo material, pueden adquirirse máquinas, cuyos productos están en el mayor grado de perfeccion; pero no se sustenta el error en que muchos incurren, y repetimos lo dicho arriba, asegurando que las máquinas hacen inútil el trabajo manual. Esto podría admitirse si la marcha del mundo no fuera progresiva, si la sociedad no tuviese que satisfacer un deseo incesante, imperioso como el instinto de conservacion, cual es el de aumentar sus necesidades, obedeciendo muchas veces á un torcido móvil, como lo es el capricho ó la moda; pero de otro modo es inadmisibile esta opinion equivocada. Sin duda alguna que se verifica una metamórfosis, esto es, una trasformacion de este trabajo: pues la inteligencia viene á sustituir á la fuerza física, ennobleciéndose mucho mas el trabajo del obrero.

Nos hemos detenido lo bastante en estos estudios para que se comprenda lo indispensable que es la buena organizacion en las industrias manufactureras, muy generalizadas en el extranjero, nacientes se puede decir hoy dia en nuestra patria.

ANTONIO CIRUJEDA RUIZ.

AL SEPULCRO DE MI DISCIPULO CÁRLOS RUBIO.

—
SONETO.

Feliz poeta que en edad temprana
Al término llegaste de la vida,
Después de lamentar desvanecida

Tanta, tanta ilusion, cual sombra vana.

Del siglo diez y nueve la inhumana
Generacion soberbia y descreida,
Tu pobre lecho y honradez olvida
Y alto valer... ¡Ingratitud insana!

Mas ¿de qué sirven lúgubres cantares
A tus coronas de laurel y hiedra,
Si no puedes cadáver escucharlos?

El viejo que lloraba en tus pesares,
Al ver tu sepulcral humilde piedra,
Ruega por tí al Señor, querido Cárlos.

GASPAR BONO SERRANO.

LA MUGER Y LAS FLORES.

(Continuacion)

IX.

LA MARGARITA.

Alemania es el pais clásico de la poesía. Por mas que haya quien se esfuerce en negarlo, quien aduzca prueba tras prueba para demostrar lo contrario, no habrá quien pueda formar un catálogo mas extenso de tradiciones, leyendas y romancescas consejas que el que puede formarse recorriendo solamente una pequeña parte de Alemania. No hay ruinas de un feudal castillo, no hay restos de una abadía de monges, no se tropieza con el arco medio destruido de un puente, de un acueducto, ó con un peñasco informe de esos que parecen desprenderse de la vertiente de una montaña, que no tenga su historia, su leyenda ó su tradicion. Por doquiera se encuentran venerandos restos que prueban el gran vigor, el desarrollo que tuvo en otros tiempos la poesía escandinava, la poesía que encarnada en el temperamento, en el modo de sér de los naturales de aquel pais, embellece las tradiciones locales con esa poesía que ha dado sér á las wilis, en cuya fantástica existencia creen aun hasta personas muy ilustradas. Pero dejemos á los poetas alemanes con sus creencias, porque realmente los poetas verdaderos viven en un mundo muy diferente, que no es el mundo sublunar que habitan los demás séres, y traslademos á la bella lectora que estas líneas recorre para distraer su fastidio, si no á Alemania á Suecia, que tantos puntos de contacto tiene con la Germania en tradiciones y poesía.

En una hermosa mañana de primavera, á mediados del siglo XVIII, encontrábanse dos personas herborizando en un frondoso bosque cerca de Smolanda, en Suecia. Era

el uno un hombre de unos cincuenta años, de nobles y simpáticas facciones, y el otro un jóven que contaria apenas cuatro lustros.

—¿Y decir, maestro, decia el último, que esa flor que tanto os llama la atención fué conocida ya de los naturalistas de la antigüedad?

—Sí, querido, contestó el interpelado con el título de maestro, sí, mi *Bellorita*, que el vulgo llama también *Margarita*, fué conocida ya por Dioscórides, que también le dió el nombre que la generalidad le ha impuesto. La Margarita es una flor que crece en los prados y en la espesura de los bosques, y que por su estructura debe figurar entre la familia de las *Compuestas*.

Y á propósito de la Margarita, recuerdo en este momento una tradicional balada que leí en un viejo manuscrito de la biblioteca real de Stokolmo.

—¿Queréis contármela?

—Con mucho gusto. Escucha.

Y empezó así:

—Poderoso era Udalrico, tan poderoso como temible y valiente. Sus vasallos eran tantos, que con ellos podía formar un ejército. Sus riquezas eran inmensas, y su nombre era pronunciado con respeto y temor en toda la Alemania. Pero el tesoro de mas valor que Udalrico poseia era su esposa Belisa, la de los ojos de cielo y trenzas de oro. Belisa inspiraba á los bardos las mas tiernas trovas, enloquecía de amor á los paladines que rompian lanzas por ella, y por doquiera despertaba los mas nobles sentimientos. La caridad y la modestia era las dos llamas que irradiaban de sus azuladas pupilas. Belisa era un ángel. Belisa amaba á Udalrico, que guardaba su mas preciosa joya en un almenado castillo rodeado de fosos y contrafosos, y cuyo puente levadizo no caia mas que para dar entrada al señor ó al desvalido peregrino que imploraba hospitalidad. Udalrico, noble caballero, no se mantuvo sordo á las escitaciones de Pedro el Ermitaño, que predicaba la primera cruzada. Puso sobre su pecho la roja cruz, depositó en la frente de Belisa un ósculo de amor, rodeó su níveo cuello con un collar de ricas perlas, menos blancas que su alabastrino cútis, montó en su corcel, y seguido de sus pajes, escuderos y numerosa escolta de soldados, partió para Palestina. Belisa abrió su libro de devociones, y una lágrima diáfana y trasparente desprendiéndose de sus azules ojos, mojó la vitela del devocionario, en que la esposa de Udalrico leia diariamente las santas preces que dirigia al cielo por la conservacion de la

existencia de su esposo y señor. Pásarón años. Udalrico no volvía. Belisa le esperaba puesta en Dios su confianza, y rogando al cielo todos los dias para que le devolviese la felicidad.

Lotario era un noble tan cobarde y cruel como Udalrico generoso y valiente. Lotario amaba á Belisa con el amor de la impureza, y quiso que fuera suya á todo trance. Lotario era el murgrave de aquella comarca, el que representaba al emperador, y en su nombre administraba pública justicia. Fraguó una intriga para perder á Belisa, que habia rechazado sus pretensiones con la dignidad propia de la virtud. Hizo que fuera acusada de hechicerías por uno de sus pajes, á quien con oro habia comprado, y Belisa tuvo que comparecer ante el tribunal del murgrave. En él se sostuvo la acusacion, y como nadie saliera á defender á la acusada, el juez iba á pronunciar la sentencia de ser quemada en una hoguera, como prevenia la ley, cuando Belisa, apelando al juicio de Dios, ofreció su collar de perlas al que venciese al calumniador. Hízose público el emplazamiento, como era costumbre, y en el último dia de prueba, un encubierto caballero, que vestia negra armadura, retó al palenque al que sostuviera la acusacion. El paje no podia entrar en liza porque no calzaba la espuela de oro; un caballero tenia que tomar su representacion, y Lotario no vaciló en abdicar su calidad de juez y descender á la palestra para hacerse parte en el juicio. Los dos campeones lucharon con bravura, pero el caballero de las negras armas, mas diestro ó mas inteligente, derribó á Lotario, y le obligó á confesarse vencido, dejando su vida á merced de la que con su triunfo quedaba absuelta. Enseguida recibió el collar de perlas ofrecido, y partió sin decir su nombre ni levantar siquiera la visera de su casco. Belisa perdonó á Lotario y al paje, y volvió á encerrarse en el castillo de su esposo. Trascurrieron años. Un dia se presentó al pié de las murallas del castillo un caballero, en cuyo pecho se veia la roja insignia de los cruzados; tocó su corneta y el puente levadizo cayó. El cruzado pidió hablar con la castellana, y cuando ésta, acompañada de sus camareras y de su capellan le recibió en la sala señorial, refirió en breves palabras que Udalrico, prisionero de los árabes, vivia en Egipto donde gozaba de gran posicion como favorito del soldan que le habia desposado con una de sus hijas. Belisa recibió la noticia con aparente serenidad, pero su corazon se inundó de amargura que ahogó la esperanza que en él mo-

raba. Como delicada flor languideció, y un mes mas tarde un ángel mas entraba en el cielo. Trascurrió otro año. Numerosa comitiva avanza hácia el castillo de Udalrico. Cae el puente levadizo, y el esposo de Belisa entra en su feudal mansion —Y Belisa, pregunta al capellan que salió á su encuentro. —Venid, señor, contesta, y lo lleva á la capilla.—Ved lo que queda de vuestra esposa, y le enseña su reclinatorio vacío y cubierto de polvo con el libro de devocion abierto por la página que leia todos los dias medio borrada por las lágrimas.—Udalrico quedó mudo de dolor.—¿Dónde descansan sus restos, pregunta al cabo de algunos minutos.—En el cementerio del convento de San Guillermo. Udalrico no quiso oír mas; partió en seguida para el punto indicado Allí, rodeada de humildes tumbas en que yacian una porcion de religiosas, se distinguia una sencilla losa de mármol con una cruz grabada en él. Junto á la losa habia nacido una planta; esa planta habia dado una flor amarilla, la única que se veia en el cementerio; aquella flor era una Margarita. Udalrico conoció entre todas la tumba de su esposa, cayó de rodillas ante ella, descubrió su cabeza, y oró.—¡Oh! tú ángel para quien habia conquistado yo nueva gloria y mas tesoros, ¿por qué me has abandonado?—Porque tu esposa, Udalrico, dijo una voz á sus espaldas, era la personificación de la flor que hoy adorna su sepulcro. Modesta y virtuosa, su alma pertenecia al cuerpo de un ángel, y la patria de los ángeles es el cielo.—Udalrico se volvió y se encontró delante de un caballero que vestia una negra armadura, pero que llevaba la visera —¿Quién sois vos que sabeis todo eso?—Quien posee una prueba de la bondad de tu esposa, inferior mil veces á su bondad y hermosura. Y quitándose una manopla, enseñó un collar de perlas rodeado á su muñeca.—¿Pero quién sois?—Soy el que ha castigado como debia al infame asesino de tu esposa; al cobarde que recibió de ella el perdon y la vida, y que no vaciló en clavar por medio de una falsedad el puñal del desamor en su sensible corazon.—¿Y quién ha sido ese?—Lotario.—Y contó lo que ya sabemos.—¿Pero yo necesito saber quién sois, insistió Udalrico lleno de impaciencia.—Tranquilízate. Soy el emperador Enrique IV que vela por la justicia y defiende el honor de sus nobles vasallos, dijo levantando la visera de su casco.—Señor, exclamó Udalrico, doblando ante él una rodilla.—Levanta, dijo el emperador, quiero premiar tu caballerosidad con un galardón de gran precio. De hoy en adelante adorna-

rás tu corona de baron con este collar de perlas, menos bellas empero que la que las llevó en su cuello algun dia. Y le entregó el collar de Belisa. Desde entonces los barones acostumbraron á rodear sus coronas con una doble sarta de perlas, distintivo que la heráldica de nuestros dias ha conservado aun.

—Esto poco mas ó menos decia la balada á que me refiero. Para mí, perlas y margaritas, sinónimos, segun el vocabulario griego y latino, representando distinto valor material, tienen la misma significacion. Ellas dicen que la verdadera belleza está en la modestia y en la virtud de las virtudes; la caridad.

El que así se esplicaba era el gran naturalista, el eminente botánico, el inmortal Carlos Von Linneo.

(Se continuará.)

SALVADOR MARÍA DE FÁBREGUES.

A UN ARISTARCO MODERNO. (1)

Careciendo de talento,
Y no sabiendo ni un ápice
De literatura, historia,
Ciencias físicas y artes;
Llamando al bueno bribon,
Al poligloto pedante,
Al literato plagiarío,
Al industrial badulaque,
Agiotista al banquero,
Y al periodista farsante,
Pretendes en sociedad
Ser crítico respetable.
Tú que censuras á todos
Y que sin piedad combates
Las obras buenas y malas
Tan solo por encumbrarte,
Dime, ¿dónde están las tuyas
Que no las conoce nadie?...
Pues si obras no posees
En las que puedas mostrarme
Tus vastos conocimientos,
Será lo mas razonable
Creer que tu erudicion
Se reduce á.... meras frases.

JOSÉ F. SANMARTIN Y AGUIRRE.

(1). Del libro *Maremagnum*.